



Viajes de Pietro della Valle

El Peregrino

(1586 – 1652)

I.12.03 – De los bellos sepulcros de los Mamelucos y otras rarezas.

Cartas escritas durante los 12 años de su viaje por
Próximo Oriente e India a su amigo Mario Schipano.
(1614 a 1626)

Edición y traducción: Esmeralda de Luis y Martínez
esmeralda.deluis@cedcs.eu

Colección: Clásicos Mínimos. Viajeros por Oriente.
Fecha de Publicación: 10-05-2024
Número de páginas: 8
I.S.B.N. 978-84-690-5859-6

Archivo de la Frontera: Banco de recursos históricos.
Más documentos disponibles en www.archivodelafrontera.com



Licencia Reconocimiento – No Comercial 3.0 Unported.

El material creado por un artista puede ser distribuido, copiado y exhibido por terceros si se muestra en los créditos. No se puede obtener ningún beneficio comercial.

El *Archivo de la Frontera* es un proyecto de la **Fundación CEDCS: Centro Europeo para la Difusión de las Ciencias Sociales**, bajo la dirección del Dr. Emilio Sola.

www.cedcs.org
info@cedcs.eu



De los VIAJES DE PIETRO DELLA VALLE “el peregrino”

Primera parte

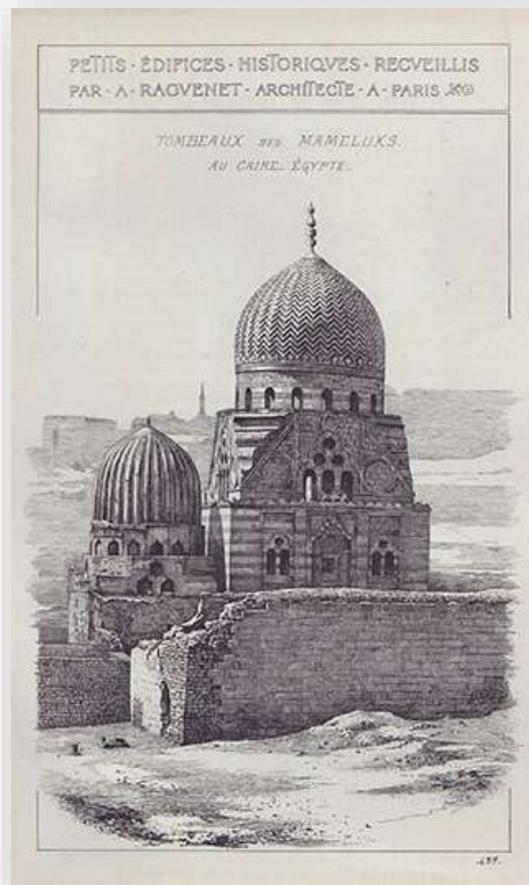
EGIPTO



CARTA DUODÉCIMA

Desde El Cairo, a 7 de marzo de 1616

I.12.03 – De los bellos sepulcros de los Mamelucos y otras rarezas



*I.12.03 – Los sepulcros de los mamelucos.
El Cairo. Egipto. Grabado de 1920.*

12ª CARTA desde El Cairo
Entrega I.12.03
De los sepulcros de los
mamelucos y otras rarezas.

Tras describir el adiestramiento de las palomas mensajeras, el Señor della Valle pasa a comentar el regreso de la caravana de La Meca a El Cairo, y la cantidad y variedad de animales que transporta. Finaliza esta carta 12, desde El Cairo, con una visita al cementerio de los Mamelucos y otras curiosidades.

Regreso de la caravana de La Meca a El Cairo.

I.12.03 – “... Y eso no es todo, porque he visto la caravana que regresaba de la Meca, y que hizo su entrada en El Cairo el veintiocho de febrero, en el mismo orden e idéntico ceremonial con los que salió. [La caravana] suele llegar cargada de infinidad de mercancías y de cosas curiosas; pero este año trajo muy pocas. Sólo he apreciado una enorme cantidad de simios de lo más variopintos, a los que les obligan a hacer tal cantidad de monadas que es un placer verlos actuar.

El otro día me moría de la risa al ver desfilan a uno de estos simios, rodeado de más de una docena de animales. En primer lugar, iba un asno que interpretaba bien su personaje, sobre el que iba montado un simio; llevaba otro en la grupa, y uno más pequeño sentado sobre la cabeza del burro, entre las dos orejas; además, el simio sentado sobre la albarda, llevaba también otro monito a hombros. Aún había uno más cabalgando sobre un perro amaestrado que lo cargaba sin gruñir y, por último, el mono más grande y fuerte de todos ellos, el que en Italia llamamos Bertrand, que tiraba del ronzal del asno. Era un espectáculo de lo más divertido, aunque contaros sus monerías y su destreza llevaría mucho tiempo.

Caracteres jeroglíficos.

Para no ocultaros nada de lo que he visto, os diré que el otro día me llevaron a la Fuente del Amor¹, a la que yo mismo puse ese nombre, aunque mejor sería llamarla la Fuente del odio y de la aversión. Se trataba de un pilar en forma de columna, de piedra negra de Egipto muy dura, sobre la que se habían grabado algunos jeroglíficos, y otros caracteres muy antiguos y desconocidos. He podido distinguir a Anubis porque, entre otras cosas, se apreciaba la figura de un hombre con cabeza de perro que sin duda era ese dios. También había allí otro ídolo, semejante al que he conservado yo grabado en un sello en mi joyero, y que encontré en Alejandría, aunque no me acuerdo ahora a quién representaba.

Una fuente fabulosa.

Este pilar se halla en un nicho de mármol, situado en una calle amplia, en donde sirve de fuente por medio de un caño artificial, porque, en efecto, en ese lugar no existe ni fuente, ni arroyuelo y, tanto los turcos, como los árabes creen

¹ Sic.

que es una fuente encantada, y que fue abandonada por los sabios en la antigüedad, y de los que heredaron muy poco de sus luces, asegurando que el agua de esta fuente tiene la virtud de apagar, a quienes la beben, el fuego que el amor alumbró en sus almas. Andan tan convencidos de esto, que con frecuencia se organiza un concurso de gente para probarlo, y aun la muestran a los extranjeros como algo maravilloso y extraordinario. Yo creo que se apoyan en los jeroglíficos y caracteres grabados sobre el pilar, que no entienden en absoluto; pero por su ordinariéz e ignorancia, los admiran y hacen de todo ello un gran misterio. Yo la vi con gusto, pero no quise tomarla porque el agua estaba turbia, y allí a veces van los animales a beber; además, aunque no me altere nada, no pretendo quedarme insensible a los embates del amor; de manera que no puedo saber por mi propia experiencia si la virtud de estas aguas es tal y como nos quieren hacer creer.

*Circasianos
o
Mamelucos.*

En el mismo lugar en el que se eleva este pilar, se ven las ruinas de un gran palacio, en el que el Sultán residía en tiempos de los *Circasianos* o *Mamelucos*. Llamados así porque eran esclavos del Sultán; pues la palabra *mameluco*¹, significa esclavo en lengua árabe (es como decir “poseído”). Estos circasianos de países extranjeros fueron llevados a Egipto como esclavos para servir de soldados a sus Señores, los príncipes árabes. Con el tiempo llegaron a ser reyes, gobernando Egipto durante muchos años, hasta los tiempos de Selim, el emperador de los turcos, que los convirtió en sus vasallos. Por esa razón han conservado en Egipto, incluso durante el período en que gobernaron, y en la lengua árabe que aprendieron, sus dos antiguos nombres; es decir, el circasiano, su nombre original, y el mameluco, que recibían desde el principio, como esclavos que eran.

Pero ¿qué utilidad tiene extenderme sobre todas estas peculiaridades de las que los historiadores están mejor informados que yo?, aunque para no apartarme demasiado del tema, os diré que he visto el interior del castillo en el que reside el Bajá. Aparte de que es bastante espacioso, está estratégicamente situado sobre una montaña de mayor diámetro que la del Castelnuovo de Nápoles. Posee infinidad de mansiones para el alojamiento del Bajá, del Agha de los jenizaros, que es el coronel general de toda la infantería; para los Chaus, y casi todos los oficiales de alto rango, así como para un buen número de trabajadores, tales como artesanos, y similares que habitan allí. Aunque os aseguro que para nuestros gustos no hay nada digno de reseñar allí dentro; pues ¿para qué mencionar las numerosas casas abandonadas y sin ornamentos que hay allí?

¹ Tanto en la edición francesa, como en la italiana, “mameluco” aparece como *Mammeluz*.

Palacio de José o del faraón.

Lo único interesante que he visto por aquí han sido las ruinas de una mezquita o de un templo seguro que construido por los Moros¹, como se deduce de las inscripciones y arabescos que aún se pueden apreciar. Aunque los Turcos y Moros ignorantes, dicen que se trata del palacio de José², o del Faraón. A buen seguro que todo este templo es moderno, y tan solo el domo está algo deteriorado, al igual que las murallas que lo circundan; pero el interior tiene unas proporciones y formas muy esbeltas, que a mí me placen, ya que la bóveda se sostiene sobre treintaidós columnas de unas dimensiones razonables, y dispuestas de tal modo que conforman un pórtico de tres lados, de una factura perfecta.

Magníficos sepulcros de los turcos.

En un campo de las afueras de la ciudad hoy he podido ver también una gran cantidad de sepulcros turcos que me han gustado bastante, porque, aparte del lecho de mármol con un turbante sobre la cabecera, y una piedra a los pies sobre la que con frecuencia graban un epitafio, se hallan cubiertos por un pequeño domo sostenido por unas cuantas columnas, justo igual, si os acordáis, que esa Cruz que el Embajador de Francia hizo erigir en Roma frente a la Iglesia de San Antonio.



Pero lo que más me gusta es contemplar las diferentes formas de estos pequeños domos; me refiero a que unos están sostenidos por cuatro, otros por seis, e incluso algunos por ocho pequeñas columnas dispuestas como un cuadrilátero, un hexágono o un heptágono, y, aunque hay bastantes sepulcros cuyos domos están cerrados, la mayoría los muestran exentos; es decir, que

¹ Sic.

² Se refiere al José bíblico que aparece en el Génesis. Según el relato, fue uno de los doce hijos de Jacob. Había nacido de Raquel, la esposa amada de Jacob y era el hijo preferido de su padre; sus hermanos, nacidos de Lea o de las concubinas de Jacob, lo envidiaban por eso, al punto de venderlo como esclavo. Fue llevado a Egipto donde, después de ser acusado injustamente de adulterio por su dueña, estuvo en prisión. Al interpretar un sueño profético del Faraón, fue liberado y elevado a la categoría de *chaty*. En tiempos de hambruna salvó al pueblo egipcio e hizo entrar en el país a su familia, perdonó a sus hermanos y les otorgó el país de Gosén, donde se convertirían en el pueblo de Israel. Sus hijos Efraín y Manasés, nacidos de la egipcia Asenat, constituyeron dos de las doce tribus de Israel, conocidas como Casa de José, que son las más importantes del Reino de Israel y ancestros de los actuales samaritanos. José es visto entre los musulmanes como un profeta de Dios. La investigación histórica lo considera un héroe epónimo, cuya leyenda fue elaborada en forma de relato sapiencial. ([https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_\(patriarca\)](https://es.wikipedia.org/wiki/Jos%C3%A9_(patriarca)) – 16-03-2023)

sobre la bóveda entre dos columnas, dejan un espacio vacío lo más grande que pueden; o redondo, o cuadrado, y esa abertura la rematan por encima y alrededor con una decoración almenada que, por su forma, semeja una corona como las que aparecen en nuestros escudos. Estos domos, reposando en numerosas columnas sobre un sepulcro, producen un bello efecto.

*Descripción
de una bella
mezquita.*

Cuando regresaba a casa vi, ya en la ciudad, frente al castillo, una mezquita cuyo exterior, dado que aquí en El Cairo no se permite entrar al interior a los cristianos, en mi opinión es la más hermosa de todas. La llaman la del Sultán Hasan, por el nombre del rey que ordenó su construcción. La cúpula, sobre todo, es tan bella y de unas proporciones tan armoniosas, que jamás he visto yo nada igual. Esta cúpula nace con un diámetro muy estrecho, que luego se va ensanchando, para terminar, cerrándose de nuevo y adoptando casi la forma de un huevo de gallina.

*Descripción
de los hornos
en los que se
incuban
huevos de
gallina.*

Me olvidaba de hablaros sobre los hornos que he visto, pues a causa de mi negligencia no lo había anotado en mis apuntes. Me refiero a los hornos que utilizan aquí para, suministrando cierto grado de calor, incubar huevos sin necesidad de que los empollen las gallinas.

Esta manera de obtener pollitos en poco tiempo aún es muy frecuente y común hoy en día en El Cairo, y hasta el mismo Diodoro Sículo asegura que antiguamente también se practicaba en Egipto. El campesino, o cualquiera del pueblo, lleva al propietario del horno una cesta llena de huevos; el encargado del horno la coge, y sin pérdida de tiempo, le llena esa misma cesta con pollitos ya vivos, de los que tiene gran provisión; se la entrega con cortesía, y coloca estos otros huevos en el horno para hacerlos eclosionar.

El encargado del horno saca sus beneficios, porque el cesto contiene siempre más cantidad de huevos que de pollitos vivos; por lo que no exige nada a cambio, ni por el fuego, ni por el trabajo, ya que de esta forma obtiene más ganancias debido al gran número de huevos que recibe. De la otra parte, el campesino también obtiene sus beneficios, pues, aunque haya dado más huevos que pollitos recibidos, estos los ha obtenido en un tiempo mínimo y sin gasto alguno. Ya que, en efecto, los pollos recién eclosionados, valen más que los huevos empollados por gallinas, pues estos últimos no todos ellos llegan a buen término; algo que bien saben en nuestras tierras los que los empollan con las gallinas cluecas.

Los huevos que eclosionan así son mejores que los nuestros.

Pues bien, este intercambio de cestas de huevos por cestas de pollitos recién nacidos, se lleva a cabo diariamente en El Cairo, y en gran cantidad. Estos hornos tienen casi la misma forma que los de nuestros vidrieros, pero alargados: el fuego se encuentra encerrado en el centro, sin que se vea, y por dentro, todo alrededor, está lleno de pequeños reductos en donde depositan los huevos para hacerlos eclosionar.

Los hombres que realizan este trabajo velan sin cesar sobre el número de esos pequeños huecos que se les ha asignado, señalando los huevos que han sido depositados los primeros, y cuáles los últimos; cuánto tiempo deben permanecer, y vigilando constantemente para retirar los pollos, conforme van naciendo. En fin, para no resultaros aburrido, dejaré aparte otros pequeños detalles; visto que la mayor destreza de este oficio consiste, creo yo, en saber proporcionar el correcto grado de calor, algo perfeccionado en estas tierras con relación al del aire; cosa que yo no he conseguido aprender, y que no creo que se pudiera trasladar a nuestras latitudes. No obstante, os diré que los polluelos obtenidos por este método, y que comemos aquí todos los días, no tienen a mi parecer, ni la calidad, ni el sabor que los nuestros, nacidos del empolle natural de las gallinas.

Recuerdo también haber visto en El Cairo numerosas casas, sobre las que, en sus muros exteriores, los que dan a la calle, se puede ver una banda o un cartucho, bastante grande y ancho, con el fondo rojo y todo recargado con escrituras y arabescos de color blanco. Cuando pregunté qué significaba aquello, me dijeron que eran las residencias de los que habían partido en peregrinaje a la Meca. Asimismo, en otras casas pude apreciar, algo digno de atención: sobre la pared exterior de dichas casas, un círculo rojo y amarillo, con un altar en el medio, sobre el que figuraba un cáliz pintado, con dos antorchas, una al lado de la otra; un trabajo bastante tosco y sin la gracia con que nosotros realizamos nuestras obras. Quiere la tradición de este país que esa representación fuera recuerdo del viaje que San Luis, rey de Francia, hizo al Levante para conquistar Tierra Santa, y que cuando estuvo prisionero en Egipto, tras ser liberado por el Sultán, después de pagar por ello el rescate convenido, los tres Santos Sacramentos -tal y como en ese círculo están representados: el cáliz con la Hostia Consagrada y dos velas alumbrando sobre un altar- fueran conservados en una cámara o capilla bien guardada, hasta que al rey, una vez llegado a Francia, y enviado el rescate, le fuera devuelto ese Santísimo Sacramento, por cuya virtud dicen que se hicieron no sé cuántos milagros. Pero como yo no he leído jamás esa historia en ninguno de nuestros autores, ni tampoco la he oído relatar entre nosotros, y siendo que además aquí es solo una tradición que circula entre gente simple y crédula, pues la verdad es que no sé qué decir, y lo dejo para quien en este asunto tenga mejor criterio que el mío. Lo que sí es cierto es que en El Cairo se pueden ver infinidad de

Bellas marcas del viaje que hizo San Luis a Levante.

De la estima de la gente de El Cairo hacia el Señor della Valle.

estas pinturas, y todo el mundo mantiene que lo hicieron con objeto de conservar el recuerdo de este suceso tan funesto para Francia.

Ayer por la tarde, domingo, día seis de este mes, tras dar por terminada esta carta, me llamaron para cenar. Yo deseaba poner los sellos antes de irme a acostar, pues me parecía haberos expuesto todo lo más significativo que había podido ver en El Cairo, pero apenas me senté a la mesa, un buen número de amigos, y otros conocidos llegaron a mi casa durante la sobremesa, y aunque no os voy a entretener con nuestras charlas, sí os diré que la conversación se prolongó hasta la media noche, con lo que hasta ahora mismo no he conseguido cerrar ni franquear la carta.

Ruego a nuestro Señor que os conserve la salud y reparta Sus bendiciones sobre V.S. y vuestra familia.

Desde El Cairo, a 7 de marzo de 1616.



Próxima entrega: CARTA 13 DESDE ALEPO

